



Gastón Agurto

Nostalgias de un poeta caníbal

Alberto Schroth

De pie sobre una nueva década

Ni en su casa o fuera de ella usará mucho tiempo las muletas. Cojea levemente a causa de una bien atribuida herida de guerra, en la cancha de fútbol: el último partido del año o de la década le dejó un esguince que consiguió sentarlo y distanciar un poco más una visita al mar en plena crecida.

En los primeros meses de este año, Gastón no ha dejado de moverse en una trazada rutina de trabajo y rehabilitación, aunque el estar neutralizado para el deporte parece desquiciarlo un poco. Hablar de poesía puede suceder solo cuando se encuentra con viejos colegas o los días martes, único día en la agenda habitual del editor de *Ellos & Ellas* sin edición ni textos pendientes. Como padre apenas separado debe dedicarse a su casa, a las hijas de doce y seis años, además de su padre y anhelos editoriales: una antología de sus reportajes y un viejo compromiso personal con la poesía que asoma cada cierto tiempo.

Lista para usarse cuando se le necesite. Entre el periodismo, el deporte y la historia familiar, en algún lugar íntimo permanece el entusiasmo por escribir poesía como una reliquia; es la conquista de las olas más bravas o un autorretrato inacabado. Espera como un fiel criado mudo, para retomar el trazado de una bitácora nutrida de simbolismos y reflexiones cotidianas, donde el mito y la biografía coexisten en el mismo espacio: un escena-

rio dotado de fugas o vuelos rasantes, sobre las distintas etapas de la vida de aquel niño que regresó luego de siete días en coma, de aquel joven que devora los mundos que se le ponen en frente, del adulto que empezaba a ser padre.

Así había funcionado para Gastón y frente al vértigo del mercado editorial, puede parecer aberrante la distancia de siete años o más entre cada libro. Para producir una saga de autobiografía cubista es necesario vivir, y vivir mucho. La distancia entre las publicaciones es relativa, la madurez entre ambos textos, evidente. Alguna vez José Watanabe, también un poeta cultor de lo autobiográfico, recibió la visita de una fotógrafa (por aquel entonces esposa de Gastón) que debía hacerle unos retratos. Cuando ella le preguntó por el libro que tenía en su mesa, marcado con lápiz, le comentó con sus acostumbradas naturalidad y ternura, que encontraba algo renovador en la poesía de su autor y le gustaba mucho la idea de ser autobiográfico. Se trataba del extinto *Nadie se mueva*, libro de poemas publicado en 1999 y agotado en los primeros años del nuevo siglo. Poco más de una década circulando de mano en mano y a través de rústicas copias, la re-edición podría asomar.

Días de poesía

Un florero lleno de cerveza con un crucifijo en el fondo. Ese fue Beto Ortiz, en una performance para materializar de alguna mane-

ra sus motivos poéticos. Gastón llegó menos contestatario pero surreal, con una bañera y un maniquí. Eran los días en que ambos estudiaban Comunicación y empezaban a forjarse en la poesía, luego serían dos antípodas del periodismo que tendrían a la poesía relativamente cerca, para cuando se le necesite.

Lo fundamental fue hacerse de buenos amigos y maestros. Para entonces, Rocío Silva Santisteban era una de las alumnas mayores que acogieron a Martín Rodríguez Gaona, Gastón y Beto Ortiz, alumnos menores, en los talleres que dirigieron alguna vez Jorge Cornejo, Carlos López Degregori y Alfonso Cisneros. Gastón recuerda con cierta nostalgia que en los noventa aparecerían voces nuevas en medio de los paradigmas de lo urbano (el Grupo Kloaca, Róger Santiváñez) y rural (Domingo de Ramos), había varios grupos de poesía en las universidades y algunos de sus miembros ya escribían muy bien. Podían gestarse grandes recitales, señala que participó en uno que convocó cerca de quinientas personas.

Martín y Gastón cayeron en la misma locura, arrasaron con el vasto rincón de la biblioteca dedicado a la poesía y buscaron además otros espacios. Encontraron padrinos y más que eso, poetas un poco más viejos, que a uno prácticamente lo adoptan y puede aprender muchísimo de ellos. Marco Martos y Luis La Hoz habían entrado en sus cuarentas y en su época fueron muy cercanos a Luis Hernández. Tenían el rito de reunirse todos los lunes a hablar de poesía y recordar su juventud, con algo de vino.

Gastón los veía grandes, con libros publicados, reconocidos y con años en la trinchera. Ellos nos publicaron, entusiasmados con que los jóvenes tenían que publicar y así apareció *Comer carne humana*, en 1992. Al año siguiente, Ediciones de los Lunes inauguraría a un prolífico poeta, ensayista e investigador, con el poemario *Efectos personales*. Martín sostuvo el camino de la intelectualidad y la estética, como magíster y gestor cultural en la Residencia de Estudiantes de Madrid, una institución que organiza valiosas convenciones, en los que intervienen muchos de los actuales protagonistas de las artes y las ciencias. Llevó a José Watanabe y Jorge Eduardo Eielson de gira literaria. Además, publicaría ensayos, traducciones y otros dos poemarios: *Pista de baile* (1997) y *Parque infantil* (2005).

Para Gastón, el primer libro iniciaría una cadena totalmente distinta. Quizá un poemario algo provocador, años después diría que escribió *Comer carne humana* sin saber escribir, es decir, sin mucha experiencia en periodismo. Pero reconoce que gracias a él pudo entrar como practicante en la revista *Caretas*, porque ya tenía un libro y eso se veía como algo especial y se involucró hasta el tuétano con el más noble de los oficios, en su caso. Siete años después, por un buen tiempo estuvo escribiendo poesía de noche, corrigiendo de forma obsesiva pero sin desfigurarse. En paralelo estaba involucrado en sus artículos, serias investigaciones de denuncia ecológica, derechos humanos y de protección al menor. Con esta doble vida obtuvo algunos premios por su labor periodística y produjo su segundo poemario antes de que acabase el siglo.

Nadie se mueva empezó a ensamblarse como la teoría del caos: algunas descripciones y pensamientos que anotaba, formarían cuadernos enteros y luego la ignición: se dio cuenta de que todas sus libretas componían parte de un retrato borroso, su propio rostro en el tiempo: Fue como la libreta de un pintor, donde este ensaya y apunta hasta que dice tener material. El caos se materializó en una controlada tormenta para recuperar textos viejos y editar otros.

Así, el libro se hizo como un mosaico de autorretrato, no lineal, con su propia trayectoria; visto desde distintas perspectivas y edades (desde que dejara de ser niño hasta que recibía a su primera niña), historias de familia, lugares y elementos de la naturaleza como urbanos, porque es hijo de la selva y la ciudad por las partes de su familia. Cuando la tormenta resultó plasmada en papel, el libro impreso y circulando, el caos despierta para quien se detiene en las líneas a buscar una historia. Los poemas parecen gritar con una voz tenue un mensaje oculto. "Recuerdo que amanecí enyesado y mi papa me regaló un lapicero y papel para que dibujara guerritas, como a los hijos de militares nos pasa; asumo que sabía dibujarlas cuando iba en la movilidad hacia el colegio".

La presencia de la Virgen en el poemario también se debe a que gracias a esta vuelta a la vida, fue consagrado a la Virgen de la Medalla Milagrosa. Por respeto a su padre, asiste a la procesión todos los años, aunque en la redacción haya una tensa tarde de cierre, desaparece porque tenía que ir a rezar. Antes de

los siete años no hay recuerdos para Gastón. Tuvo un accidente que lo dejó en coma por siete días y seis meses internado. Una regresión hasta ese instante sirve para componer una oración: "Con el cariño de los viejos / Que nada tienen que perder/ sentado, tranquilo y triste /Como el borracho que recuerda / a sus hijos/ con la irremediable agonía/ de un niño que no sabe lo que / le espera detrás de la muerte / como cuando ese niño / —después de haberse salvado de milagro— / crece, se emborracha y se hace viejo/ sin haber amado a nadie/ así te amo yo".

Un héroe que protege a su novia con un rifle kalashnikov es el personaje de otro poema atípico. Una rara figura épica y urbana, que salta a todas luces como movida por el teatro de tensión y sangre que tuvimos en los ochentas y noventas. "Quizá influenciado porque a los 18 años, mi papá nos llevó a mis hermanos y a mí a sacar una licencia para llevar armas, era la época del terrorismo. Y estuve armado hasta que nacieron mis hijas, era muy peligroso guardar un arma con ellas en casa. Nunca disparé a nadie".

La falsa actitud de la distancia

Lleva veinte años en la trinchera. De redactor a director, en la misma casa, la revista *Caretas*. Con un coqueteo breve con la televisión. "Soy una persona normal, no tengo un grado mínimo de neurosis como para dedicarme a la poesía. Aunque no todos sean unos locos, hay que estarlo mínimamente, no tengo personalidad de artista". Así explica entre bromas por qué no continuó en el

circuito de los recitales, escribiendo o persiguiendo alguna reedición.

“El periodismo me ayudó mucho a escribir mejor. La forma de investigar, conseguir referencias importantes. Tenía un mejor dominio de ello en el segundo libro”. Aunque no regresaría al ruedo, siente pendiente que *Nadie se mueva* vuelva en esta nueva década, porque ha tenido suficientes señas como para considerar que esas páginas sí contienen un material valioso. Confiesa que necesita disciplina. El último intento quedó inmóvil, con un arte de portada listo y los poemas en una maqueta.

Tras un gran silencio luego de poemarios notables, Westphalen se quejaba de que le preguntasen por qué no escribía si escribir era lo raro. Puede que Gastón y él coincidan de al-

guna forma: Doce años después de haberse agotado *Nadie se mueva* (1999) y de circular clandestinamente o recogido a cuenta gotas en antologías juveniles; Gastón Agurto está acercándose a la cúspide de sus cuarentas y confiesa que no apunta más en cuadernos, al menos nada que pueda parecerse a un poema.

Satisface toda necesidad creativa al hacer una obra, una revista en este caso y algunos proyectos independientes. Bosqueja echaduras, conserva apuntes perspicaces con aquel dato que podría dispararse o fungir de ignición. A diferencia de sus años veinte, cuando aquel joven redactor quería cambiar el mundo, hoy está seguro de que no cambiará la historia con sus notas, pero podrá mover cierto entusiasmo colectivo. Es a fin de cuentas, otra manera de hacer poesía.